

El silencio de los inocentes

“La situación mundial de la prevención de la violencia contra los niños”



El asesinato de Lucio Lupuy sacudió a toda la sociedad argentina en un año que no fue mejor que el anterior en cuestiones de salud pública. La pandemia de violencia contra la niñez arroja datos que asustan y entristecen.

Brutal crimen de un nene de 5 años en La Pampa: detuvieron a la madre y su novia

El niño falleció a causa de golpes brutales y agresiones de todo tipo, según las primeras investigaciones. Las circunstancias detrás de esta historia de violencia familiar son poco comunes: las protagonistas como principales acusadas son la madre biológica del niño, y su novia.

Abel Lucio Dupuy murió internado en un hospital a causa de agresiones y golpes.

Su padre biológico había alertado la situación y reclamaba la tenencia: “La justicia nunca me escuchó”

Infobae, 27 de Noviembre de 2021

<https://www.infobae.com/sociedad/policiales/2021/11/27/brutal-crimen-de-un-nene-de-5-anos-en-la-pampa-detuvieron-a-la-madre-y-su-novia/>

El año 2021 no ha sido mejor que el anterior en materia de salud pública, si reconocemos que el COVID no es la única pandemia que padece el mundo y la Argentina. La muerte de Lucio, el niño asesinado por su propia madre en La Pampa, volvió a sacudir emocionalmente a la sociedad argentina, aunque no deja de ser un caso más de la pandemia de violencia contra la niñez que se presenta de diversas formas: abandono, maltrato, abuso sexual, intimidación, homicidio. La violencia contra la infancia ocurre en todos los lugares, países y sociedades, y afecta a todos los grupos sociales. Si bien parte de esta violencia es inesperada y aislada, la mayoría de los actos violentos contra niños y niñas los provocan personas que ellos conocen y en las que deberían poder confiar: progenitores, maestros y maestras, compañeros de escuela, novios o novias, consortes y parejas... Es decir que el ámbito de la violencia infantil no es ninguna casa de brujas o cuevas de monstruos como en las películas, sino precisamente los lugares donde debieran sentirse más seguros: el hogar, la escuela, y hasta el jardín maternal.

Pero la mayoría de estos casos permanecen ocultos, porque hay muchos e insospechados culpables, que se aprovechan del “silencio de los inocentes”. Cuando se vive en un clima cargado de agresiones, los niños, los ancianos, los discapacitados, que no pueden manifestarse, tienden a invisibilizar la violencia, a encerrarse dentro de su propio miedo y a vivirla en silencio como una fatalidad inevitable (De Roux). El video de UNICEF “Hay niños que juegan a ser invisibles”, muestra a un niño que juega a cortar cartones y vestirlos como armadura para poder esconderse de un adulto violento. Lucio fue atendido varias veces en un servicio de salud, y el padre pidió perdón por “no haberse dado cuenta”.

La OMS viene considerando desde la década del 90 a la violencia social como uno de los problemas más importantes de salud pública. Millones de niños en el mundo son víctimas de la violencia, y una gran

parte de ellos mueren por esta causa. En muchos casos son golpeados, privados de su libertad, torturados y asesinados. Los niños son víctimas inocentes de las guerras, de la violencia familiar, de accidentes en la calle y en el hogar por negligencia de los adultos, de abusos sexuales y de discriminación. Según la ONU, la violencia contra los niños, niñas y adolescentes incluye toda manifestación de maltrato o humillación, física o psicológica. Sufrir violencia el niño golpeado, la niña o adolescente obligada a ejercer la prostitución, el pequeño combatiente forzado a pelear una guerra que no comprende, o los niños y las niñas que deambulan por las calles de las ciudades buscando comida en los basurales. Son víctimas de la violencia los niños testigos de ataques armados por sus propios compañeros en las escuelas, pero también lo son aquellos que portan las armas, porque han crecido en un entorno social donde la violencia es un modo de vida.



Abel Lucio Dupuy

NÚMEROS QUE ASUSTAN.

Para las Naciones Unidas, la violencia contra los niños es un tema de derechos humanos, y en un estudio internacional presentado en 2006 ante la Asamblea Mundial por el experto brasileño Paulo Sérgio Pinheiro, se analiza la naturaleza y el alcance de la violencia contra la infancia en cinco entornos: el hogar y la familia; las escuelas, los orfanatos, los lugares de trabajo, la comunidad y las calles. Las conclusiones de este estudio, poco difundido, fueron escalofriantes: 275 millones de niños son testigos de actos violentos en sus familias, 126 millones trabajan en actividades riesgosas y entre 100 y 140 millones de niñas y adolescentes han sufrido mutilación genital. Señala también que entre el 20 y el 65 % de los niños de edad escolar dicen haber sufrido acoso físico o verbal, y entre el 80 y el 98 % de los niños en todos los países del mundo sufren castigos corporales en el hogar. Los niños y jóvenes de distintos lugares de la Argentina consultados acusaron a la policía y al Estado de “no cuidarnos”, y al “abuso de poder” por la violencia en las escuelas. También señalaron que entre los chicos de menores recursos, las formas más frecuentes de violencia son el maltrato físico y psicológico dentro de sus propias familias.

En el último informe realizado por UNICEF a nivel global, “Sobre la situación mundial de la prevención de la violencia contra los niños” (2020), se indica que, cada año, uno de cada dos niños y niñas de 2 a 17 años es víctima de algún tipo de violencia; cerca de 300 millones de niñas y niños de 2 a 4 años en el mundo sufrieron castigos violentos por parte de sus cuidadores. En la Argentina, el 46,4% de los padres reconoce utilizar violencia física para criar o disciplinar a sus hijos, pero solo el 3,7% de las familias cree que está bien hacerlo.

En un proyecto de Unicef denominado “Crianza sin violencia” se señala que “considerar que la violencia es un elemento natural en la crianza impide construir entornos protectores y libres de maltrato para los chicos y las chicas”. Además, se calcula que la violencia emocional afecta a uno de cada tres niñas y niños, y uno de cada cuatro niñas y niños en el mundo vive con una madre cuya pareja la trata con violencia. La autopsia realizada al cuerpo de Lucio dio cuenta de “la existencia de un maltrato infantil crónico”.

La Argentina se encuentra algo por debajo de las cifras globales, pero de todos modos registra un 54,4% de castigo físico entre los niños de 2 a 4 años, un 62,5% de agresión verbal y un 72,9% de otras prácticas violentas en la infancia. Según datos del Ministerio Público Tutelar, el 80% de los casos de maltrato y abuso hacia niñas, niños y adolescentes se llevan a cabo en contextos intrafamiliares o ámbitos de cercanía.

La pandemia del COVID, en virtud del mayor tiempo de convivencia de la familia en el hogar, aumentó significativamente en todo el mundo la violencia doméstica. De acuerdo a las consultas atendidas por los profesionales de la Línea 137 del Programa nacional de Víctimas Contra las Violencias, entre octubre de 2020 y septiembre de 2021 se registraron 9.989 niñas, niños y adolescentes víctimas de violencia familiar y/o sexual. Por otra parte, las estadísticas de la línea 102 muestran que entre enero del 2020 y septiembre del 2021, de 14.922 llamadas, unas 4165 fueron por maltrato físico.

Para la mayor parte de la gente, aunque cada vez más sensibilizada por la creciente inseguridad, en muchos casos provocada por jóvenes y adolescentes, la violencia contra los niños forma parte del paisaje cotidiano de ciertas noticias en los medios de comunicación, pero el espanto o la indignación nos dura el tiempo que el hecho permanece en los diarios o la TV, como seguramente ocurrirá con el caso de Lucio, hasta que un nuevo hecho nos conmueve y nos indigna. Son los médicos, los psicólogos, los trabajadores sociales, los policías y los jueces, quienes tienen el triste privilegio de observar diariamente el rostro humano de cada una de estas tragedias.



VIOLENCIA CULTURAL.

La violencia se ha tratado de entender en base a varias teorías. La teoría lombrosiana de la personalidad patológica puede explicar la conducta de los criminales o violadores seriales, pero cuando la violencia no es ya una expresión individual aislada, sino una constante en las relaciones interpersonales e intergrupales, estamos ante la presencia de un fenómeno social o cultural que se manifiesta como una forma de lenguaje (Asuaje, 1997). La violencia familiar suele explicarse desde el punto de vista psicológico a partir de la teoría sistémica, pero para la violencia social resultan más apropiadas otras teorías como la cultural, de las relaciones de poder y de la producción social.

Cuando la violencia se vuelve cultura, emociones negativas como el odio, los celos, el deseo de venganza, los resentimientos, la ambición, la envidia, o las frustraciones, se transforman en agresiones porque los valores se han trastocado. La violencia es una adulteración de las relaciones humanas como producto de instituciones sociales –la familia, la escuela, los grupos a los que se pertenece, las cárceles, la policía, las instituciones de servicios– que la permiten, generan o recrean cuando se distorsionan. “La familia es sin duda la unidad que sustenta y cohesionan a la sociedad. Pero puede convertirse en su disolvente cuando opera como una célula infecciosa que produce y distribuye violencia a todos los escenarios sociales. El otrora ‘hogar, dulce hogar’, sinónimo de protección y afecto, se ha venido convirtiendo en las sociedades violentas en escenario de riesgo, especialmente para las mujeres y las niñas”. (Gustavo De Roux, OPS, 1993).

Para la teoría de las relaciones de poder, la violencia tiene dos ingredientes principales: la intolerancia y el abuso de poder. La intolerancia entre unos y otros seres humanos, diferentes en cuanto a edad, género, raza, condición social, o pertenencia étnica, política o religiosa. El virus de la intolerancia se cultiva y se multiplica en una sociedad donde se han perdido valores básicos de convivencia y se exaltan los valores del individualismo, la competencia, el consumismo, la sensualidad y la rentabilidad. Y en una sociedad donde unos ganan y otros pierden, los unos y los otros, cuando pueden, abusan de su cuota de poder. El abuso de poder no es exclusivo de los políticos, se da en todos los niveles y roles sociales. Abusan de su poder a veces los servidores públicos, los docentes, los cuidadores, los padres y madres, los niños y adolescentes mayores, y hasta algunas maestras jardineras. El abuso de poder se manifiesta en las relaciones políticas y económicas, en el trabajo, en el tránsito, en las instituciones públicas, en la escuela,

en los hogares de ancianos, y en la familia. Y esta cadena de abusos generalmente termina en los más vulnerables, en los niños, los ancianos y los discapacitados, que no se pueden defender por sí mismos.

Finalmente, la teoría de la producción social incluye a todas las demás. La violencia, como la salud, es un producto social, porque depende de actos humanos, por acción u omisión, individuales o colectivos. Porque es producto de un modo de vida, de una cultura que Adela Cortina denomina de “individualismo posesivo”, en la cual hasta los seres humanos son a veces considerados propiedad de otros seres humanos, ya no como “esclavos” o “indios” que pueden comprarse o venderse, pero si niños o niñas que como son “míos” puedo hacer con ellos lo que quiera, incluso castigarlos físicamente. Por otra parte, la tendencia de la justicia a hacer prevalecer el vínculo biológico por sobre el afectivo, y el materno por sobre el paterno, ha sido fuente de graves consecuencias e injusticias. Una cosa es reconocer lo biológico para la identidad de la persona, y otra es forzar la convivencia sin tener en cuenta la protección de la integridad bio-psico-social del niño o niña.

FUTURO INCIERTO.

Si los niños constituyen el futuro de las sociedades, “sobre niños victimizados y vejados, abusados y maltratados en el pasado y en el presente, el futuro no puede ser otro que la perpetuación de la violencia” (Castillo, 1993). Un niño o un joven violento son personajes alterados por interferencias en su desarrollo normal que los condiciona para recrear la violencia. ¿Tenemos derecho a sorprendernos cuando algunos de estos niños se drogan y matan a algún inocente? Ante cada nuevo caso apelamos a un pedido de “justicia”, que siempre se refiere al castigo de los culpables, pero nunca a la justicia social, preventiva, que actúe sobre los determinantes sociales de la violencia. Porque tampoco percibimos, o no queremos reconocer, que entre el maltrato infantil de ayer y la violencia adolescente de hoy existe una relación de causalidad que nos convierte a todos en culpables, o al menos cómplices, por omisión o indiferencia. ¿Qué estamos haciendo como sociedad para evitar el “maltrato crónico” y otras formas de violencia infantil ejercida por adultos que deben protegerlos, y que por el contrario abusan de su poder para dañarlos, física y psicológicamente?



Nuestra cultura paternalista pretende que todas las soluciones provengan del Estado. Es cierto que las leyes, la justicia y los programas de apoyo y protección a la infancia son fundamentales, pero también deben promover y facilitar las respuestas comunitarias al problema de la violencia. En todas las épocas y culturas, las familias se han ayudado unas a otras para la crianza de los niños, cuando la propia familia no puede hacerlo por diferentes razones. El “acogimiento familiar” (Foster care) es una figura vigente en casi todos los países, en particular en aquellos que sufrieron las orfandades de las guerras. Consiste en “brindar un espacio en familia a los niños, niñas y adolescentes que, por diferentes motivos, no puedan vivir con la propia, favoreciendo la recomposición del vínculo en el respeto de su origen e identidad”. Es una actitud espontánea y solidaria de una familia hacia otra, en forma temporaria o permanente, y se diferencia de los programas de “familias sustitutas” en que no hay compensación económica. En nuestro país, la Fundación Emmanuel promueve este programa desde hace más de 25 años, y actualmente ya existe legislación en varias provincias y un programa del gobierno nacional. La alternativa de la adopción, por sus requisitos legales, la preferencia por menores de un año sanos, la ruptura del vínculo con la familia de origen y el cambio de la identidad, la convierten en una opción menos accesible para un niño maltratado.



La sociedad ya ha tomado conciencia de la gravedad de la violencia de género, y gracias a la gran movilización social y la justificada lucha de las mujeres, se han logrado avances importantes en la legislación y acciones gubernamentales preventivas y punitivas. Ahora es necesario que otras voces se eleven en nombre de quienes no pueden hacerlo por sí mismos, para denunciar la “violencia por vulnerabilidad biológica”, que afecta principalmente a niños, niñas y adolescentes, pero que también cabe para los ancianos, los enfermos mentales y los discapacitados, otras víctimas silenciosas de este gravísimo fenómeno social. La violencia no reconoce género, condición social u otro tipo de pertenencia. Solo reconoce la debilidad de la víctima, y la impunidad que le garantiza “el silencio de los inocentes”.

Horacio O. Pracilio

Médico sanitarista. Prof. de Salud Comunitaria (UNLP y UNICEN)

REDACCION AVANCES 02/01/2022

<https://www.laarena.com.ar/caldenia/el-silencio-de-los-inocentes-20221210300>